



CRÍTICA
VALÈRIA GAILLARD

Menos armarios y más lectura

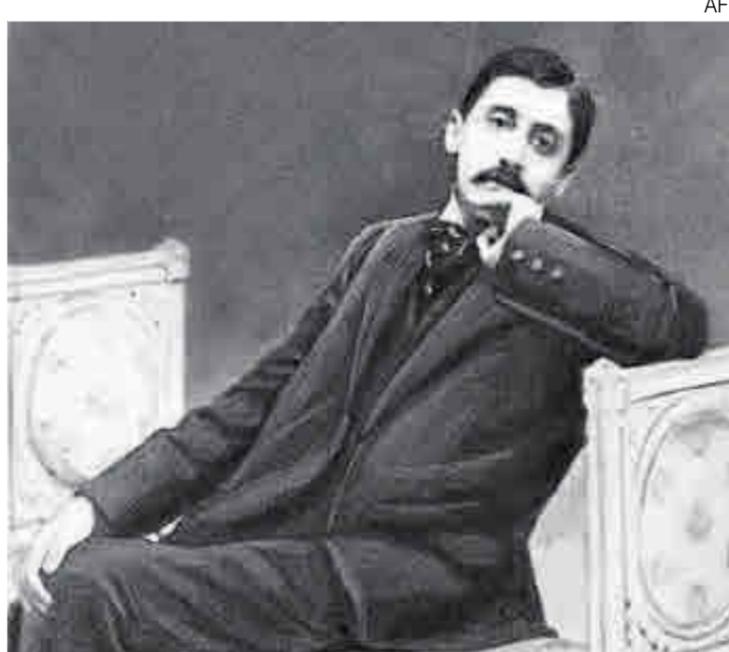


'El remitente misterioso'

Marcel Proust
Editorial Lumen
119 páginas. 19,70 €

Proust se llevaría las manos a la cabeza al ver el revuelo que ha causado la publicación de *El remitente misterioso* y otros relatos inéditos (Lumen). Por si no fueran suficientes los tópicos que reducen *En busca del tiempo perdido* –la magdalena, el esnobismo, las frases apneicas...–, ahora se ha presentado este volumen como una prueba de que Proust salió del armario cuando su homosexualidad, en realidad, ya era conocida, aunque es cierto que se cuidó bien de no reflejarla en su novela. Y se entristecería también porque Marcel Proust (1871-1922) defendió –en contra del gran crítico Sainte-Beuve– que la obra de un escritor no se debe valorar a partir de su biografía, sino defenderse por sí sola, pues el arte no tiene nada que ver con la moral.

Y es para profundizar en su obra –lo primero a leer–, que resultan interesantes estos inéditos. Los textos se hallaron en el fondo del editor Bernard de Fallois, que publicó los trabajos póstumos de Proust, y quedaron olvidados menos uno: *Recuerdos de un capitán*. Publicado en la prensa el 1952, en él se relata en primera persona la



Marcel Proust.

atracción que siente el narrador por otro hombre. En conjunto, los nueve relatos constituyen, una especie de diario íntimo de Proust, en palabras de Luc Fraisse. El editor del volumen considera que hay otros motivos, y no solo el miedo a escandalizar, por los cuales Proust no los incluyó en su primer libro *Los placeres y los días* (1896). Y es que se trata de tanteos en los cuales el joven aspi-

rante a escritor busca su propia voz. Todos hallan su eco en algún pasaje de *En busca del tiempo perdido* y contienen la semilla que luego florecerá, junto con la madurez personal y estilística del escritor. Así, en *Recuerdos de un capitán* asistimos a la escena del impulso creativo que asalta al narrador niño cuando, a la vuelta de un camino, contempla los campanarios de Martinville (*Por la*

parte de Swann). Proust experimenta con los géneros e intenta –sin conseguirlo– imprimir misterio a algunos de los relatos inspirándose en Poe. En general, todos tienden a explicitar las reflexiones del autor, una visión de la vida y las relaciones humanas que luego encarnará en un sinfín de personajes en su obra torrencial. También revelan un Proust que toma conciencia de su sensibilidad particular que ve como un «don» que, si bien le hace sufrir, le capacitará para observar la vida y escribir: «Será como si en medio del bosque humano te hubiera quitado la venda de los ojos».

Aparte se incluyen otros documentos que permiten indagar todavía más –si es posible– en los orígenes de *En busca del tiempo perdido*. Constatan, por ejemplo, que Proust leyó al filósofo Joseph Baruzi, cuyo trabajo sobre Schopenhauer marcó su concepción de la creación artística. Otros revelan la fecha en que el conserje de Proust fue a escuchar los gritos de los vendedores ambulantes de París que luego aparecen reproducidos en *La prisionera*, un sinfín de detalles pintorescos, sin embargo, que solo cobran sentido tras haberse sumergido en la aventura proustiana. ■



CRÍTICA
RICARDO BAIXERAS

Personaje en busca de autor

La ficción inevitablemente judía de Eduardo Halfon (Guatemala, 1971) le convierte en un autor escrutando una identidad, cuyos personajes buscan desesperadamente, como quería Pirandello, a su autor, en unas ficciones que mutan a escritos escudriñando una autobiografía derramada por Guatemala, Líbano, Polonia, Estados Unidos, Francia y vaya a uno a saber dónde más. Esta *Canción* no es distinta a la matriz en que se convirtió *El boxeador polaco* del que fue surgiendo, como de la chistera de un mago, *La pirueta*, *Monasterio*, *Signor Hoffman* y *Duelo*.

Aquí y ahora la historia es la del otro abuelo de Halfon y su secuestro durante la guerra civil de Guatemala y de cómo el Eduardo Halfon escritor relata los entresijos de un personaje siniestro llamado *Canción* que se inmiscuye fatalmente en la vida del Eduardo Hal-

fon abuelo en una narración laberíntica y esperpéntica que le permite contar también con humor por qué «Guatemala es un país surrealista», cómo llegó «a Tokio disfrazado de árabe» y de qué llamada manera la historia del abuelo de Aiko, una mujer que asiste al congreso en el que el Halfon novelista tiene que dictar la conferencia inaugural, se confunde con la suya. Y ya tenemos todos los ingredientes marca de la casa: una narración breve pero intensísima, pocos personajes delineados sin prisa pero sin pausa, una tensión autobiográfica que invade la ficción, una ficción que se confunde con la vida del autor, cuyas «historias parecían extraviarse y no llegar a ninguna parte» y un control absoluto de un escritor que sigue empeñado en demostrar que su literatura es un inmenso mapa personal que se repite sin fin. A Dios gracias. ■



'Canción'

Eduardo Halfon
Editorial Asteroide
120 páginas. 14,96 €

HOTEL CADOGAN

El Viejo Yervas, jardinero inglés

De entre la servidumbre del Hotel Cadogan, el jardinero jefe es el empleado más querido y respetado, tanto por los compañeros como por la propiedad, quizá porque el hombre ya no le hace sombra a nadie. Herbert Pinnegar solo se ocupa del invernadero, de rumiar sus recuerdos y de observar cómo crece el césped sentado bajo el alero de su cabina de madera, en un extremo del jardín, en el rincón del viejo manzano, ese que solo da frutos bordes pero cuyas flores, cuando brotan, parecen «espuma rompiendo en un arrecife de coral». Aunque lo sabe todo sobre plantas, sobre los dichos del campo («si a las seis llueve, hace bueno a las nueve»), sobre el suelo que más conviene al azul de los lirios, se le empana la cabeza a menudo y ya no sabe si manda la reina Victoria o si es su hijo Eduardo. O confunde la batalla del Somme con la de El Alamein. Nos da igual. Todos le pedimos consejo. Lo tenemos en mucha estima al Viejo Yervas (*Old Herbaceous*) porque no tiene doblez.

En el carácter, el señor Pinnegar se parece bastante a Jeeves, el inefable mayordomo de las novelas de P.G. Wodehouse, y por ello, desde su envaramiento y contención, finge que le trae sin cuidado, pero no puede disimular que está más contento que unas castañuelas: la editorial Periférica acaba de

publicar la historia de su vida, *Recuerdos de un jardinero inglés*, en traducción de Ángeles de los Santos. ¡Ah, qué deliciosa novelita! Cómo reconforta, en estos días de semiencierro e incertidumbre, perderse en sus páginas, lejos del mundanal estrépito, entre narcisos, rododendros y magnolias dormidas a la

hora del crepúsculo. Y sobre todo, escuchar las perlas de sabiduría que va desgranando el Viejo Yervas, por encima de todo un tipo digno. Dice que la vida se parece bastante a un jardín: tanto le das, tanto recibes, «en un momento estás tirado en el suelo y al siguiente te elevas sobre las alas de la mañana». Paciencia, tenacidad, gratitud: esas son sus divisas.

Cuando el escritor británico Reginald Arkell puso la palabra fin en el manuscrito de *Recuerdos de un jardinero inglés*, allá por 1950, el señor Pinnegar recogió sus bártulos y se vino con nosotros a recogerse en el Cadogan. Aquí somos muy de jardines, sobre todo del modelo silvestre, que parece expandirse libre y descuidado sin estarlo, un espacio en la novela que no es ni público ni privado y, por ello, propicio el amor y la confianza. ¿Qué sería de *Orgullo y prejuicio* sin los jardines de Pemberley? ■

OLGA MERINO

